

Tribuna Libre

Somewhere, anywhere

El precio de menospreciar o despreciar a la nación es el nacionalismo exacerbado y agresivo a que se arriesga la globalización.

MAURICIO ROJAS



SE ATRIBUYE a Talleyrand haberle dicho a Napoleón: "Señor, con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, excepto sentarse sobre ellas". Y lo mismo se puede decir de la nación. Quienes la niegan, menosprecian, desprecian o descuidan pueden terminar pagando el precio de la soledad y de un nacionalismo exacerbado y agresivo. Esto es lo que está ocurriendo en una serie de países desarrollados en una coyuntura en que la cohesión nacional, es decir, el sentido de pertenencia a una comunidad nacional con intereses comunes y un destino compartido, se encuentra bajo una intensa presión. Su resultado es la ola de populismo nacionalista que vemos extenderse desde Estado Unidos hasta Europa Occidental.

El telón de fondo de este auge populista de corte nacionalista es la creciente diferenciación y tensión social creada por las fuerzas combinadas de la globalización, las migraciones y la revolución informática. Frente a ellas, la nación, como conjunto de instituciones regulatorias de la vida social, y lo nacional, como sentimiento de futuro compartido y solidaridad mutua, se debilitan a ojos

vista. Distintos sectores de la población enfrentan estos profundos cambios de una manera muy diversa, dependiendo de sus posibilidades de salir airoso ante los nuevos desafíos. Simplificando las cosas, podemos decir que para algunos, especialmente los jóvenes con mayores niveles de educación que abundan en las grandes urbes, se abre, literalmente, un mundo de oportunidades; mientras que para otros, en particular los sectores menos educados de una población adulta ligada a pequeñas o medianas ciudades industriales en decadencia, se abre un abismo que puede o que ya está tragándose sus fuentes de sustento y minando los pilares comunitarios e identitarios de sus vidas.

Esta divergencia de oportunidades y destino fue tempranamente prevista por el ex ministro del Trabajo de Estados Unidos Robert Reich en su libro "El trabajo de las naciones" de 1991 al hablar de sectores más móviles, capaces no sólo de reconvertirse y adaptarse, sino de sacar significativas ventajas de la globalización, y de aquellos más inmóviles, cuyas vidas están atadas, sin muchas alternativas ni capacidad de reclarse exitosamente, a una cierta localidad, industria o tipo de trabajo, y por ello están expuestos a ser los perdedores del nuevo orden mundial. En todo caso, para Reich: "Los estadounidenses ya no se levantan o caen juntos, como si viajasen en una gran embarcación

nacional. Viajamos, cada vez más, en embarcaciones diferentes y más pequeñas".

Esta divergencia ha sido luego constatada por una larga serie de estudiosos. Un buen ejemplo es la obra de 2012 del destacado cientista político Charles Murray que lleva el significativo título de "Coming Apart" ("Separándonos"). A su juicio, estaríamos presenciando "el surgimiento de clases diferentes a todo lo que el país había conocido antes, tanto en cuanto a su tipo como al grado de separación entre las mismas".

ELABORACIONES más recientes del tema son las del historiador Michael Lind y el sicólogo Jonathan Haidt, que usan las categorías de "globalistas" y "nacionalistas" para analizarlo. También podríamos hablar de cosmopolitas y universalistas contra localistas y particularistas. Los primeros, como dice Haidt en un ensayo publicado en The American Interest en julio de 2016 ("When and why nationalism beats globalism"), entonan el clásico "himno globalista" de John Lennon: "Imagine there's no countries". Para los nacionalistas, ello no es sino "ingenuidad, sacrilegio y traición".

Recientemente, el escritor británico David Goodhart publicó un ensayo en Financial Times (17 de marzo de 2017) titulado "Why I left my liberal London tribe" ("Por qué abandoné



mi tribu liberal de Londres"). Allí, quien se declara "postliberal y orgulloso", trabaja con las categorías de "somewhere" y "anywhere" a fin de captar el eje fundamental de diferenciación que él ve detrás de fenómenos como el Brexit o el triunfo de Donald Trump. Si bien hay mucha gente que vive entremedio, la gran divisoria actual se produciría, siguiendo el análisis de Robert Reich, entre aquellos enclavados en "alguna parte" y aquellos que fluyen por el mundo y pertenecen a "cualquier parte".

Los primeros definen su cultura e identidad de forma particularista, es

decir, como algo distintivo y único, atado a cierta historia, entorno físico y formas específicas de vida, que deben ser preservadas ya que dependen existencialmente de ellas. En ello reside, a su juicio, el sentido y misión de la nación. Los segundos, se definen por su pertenencia a una especie de cultura universal, que los hace sentirse en casa en cualquier parte donde encuentren a sus pares, es decir, a miembros de la clase media altamente educada, móvil, bien retribuida y cosmopolita.

Para esta "gente de cualquier parte" la "gente de alguna parte" son seres atrasados y retrógrados, que se quedaron en el pasado y el provincialismo, destinados finalmente a desaparecer barridos por la "destrucción creativa" schumpeteriana. Los desprecian, así como desprecian su nacionalismo tribal y la contumacia de no querer formar parte, aunque exija sacrificios, del futuro. Lo que no saben es que de esta manera están atizando el fuego que los puede abrazar. Si las élites transnacionales abandonan la nación no deben sorprenderse de que la nación también las abandone a ellas, que no las escuche ni las siga, porque quien va a cualquier parte no va a ninguna parte. ●

El autor es senior fellow de la Fundación para el Progreso y director de la Cátedra Adam Smith de la Universidad del Desarrollo (@MauricioRojasmr).

Mente Ágil

| | | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | 1 | | 8 | 7 | | 5 | 4 | |
| | | 2 | | 6 | | 9 | | 7 |
| | | | | 9 | 5 | | | 3 |
| | | 4 | | 5 | | | 6 | |
| 1 | 6 | 3 | | 2 | | 8 | 7 | 5 |
| | 2 | | | 3 | | 4 | | |
| | 7 | | 3 | 8 | | | | |
| 2 | | 6 | | 4 | | 3 | | |
| | 3 | 8 | | 1 | 6 | | | 2 |

| | | | | | | | | | | | |
|-----|-----|-----|-----|-----|-----|-----|----|-----|----|-----|-----|
| | 132 | 130 | | 127 | 122 | | | 106 | | 108 | 109 |
| | 134 | | 129 | | | 121 | | | | | 111 |
| | | 135 | | 125 | | 104 | 1 | 2 | | | |
| | | 142 | | | | 102 | 98 | | | 116 | |
| 140 | | | | 14 | 100 | | | | 97 | | 114 |
| | | 144 | | | | | | | 96 | | |
| 50 | 25 | | | 34 | 33 | | | | 7 | 8 | |
| | 51 | 47 | 29 | 36 | | | | 74 | | 91 | |
| | 45 | | | | | 68 | 72 | | 77 | 90 | |
| 54 | | | | 39 | 69 | | | 76 | | | |
| 55 | 43 | | | | 63 | | | 80 | 82 | 84 | |
| | 56 | 42 | | | 62 | | | | | | 86 |

Completa la cuadrícula para que los números se conecten horizontal, vertical o diagonalmente. Ve la solución en www.pulso.cl

Pulso Perspectivas

Progre-eventos

Los medios de comunicación y ciertos grupos de interés han hecho de personajes como el pastor Soto injustos representantes de las convicciones y creencias de personas comunes y corrientes.

FUE EL progre-escándalo de la quincena. Invitado a un programa de televisión, un pastor evangélico utilizó como alfombra la bandera del orgullo gay, generando su expulsión del espacio y el cacareo mediático y digital de rigor.

Estos mismos días se cumplen 55 años de la publicación de "The Image", un clásico escrito por Daniel Boorstin y que hasta la fecha es una referencia obligatoria para entender la comunicación pública desde sus entrañas.

En el libro, el historiador sugiere que nos estamos acostumbrando a lo que él llama pseudo-eventos, esos sucesos "que se crean y planifican anticipadamente con la intención inmediata de que los cubran los medios de comunicación".

Y es que cuando José Miguel Villouta invita a su programa El Interruptor al pastor Javier Soto, que extrae una bandera de la diversidad sexual y la utiliza como alfombra, estamos frente a un pseudoevento puro y duro; una verdad sintética fabricada con astucia. Vamos por partes:

El pastor Soto forma parte de esa fauna nacional a la que sin duda, si Lukas viviera, hubiera incluido en su "Bestiario del Reyno de Chile". Una caricatura personal e intransferible que supuestamente defiende principios pero que en verdad hace de ellos algo lejano y propio de locos excéntricos. Ante una parte de la opinión pública, Soto ha logrado, año tras año, convertir a la Biblia en un manual para lunáticos, tal como otros de su especie han hecho de los suspensores, la gomina y

el traje de tres piezas parte de la indumentaria propia de chiflados que se esconden en convicciones mayoritariamente defendidas por gente común y corriente.

Los medios y ciertos grupos de interés han hecho de estos personajes injustos representantes oficiales de ciertos grupos de la sociedad chilena. La inmensa mayoría de los chilenos es cristiana y abraza lo que dice la Biblia sin hipérbolos, sino con el amor propio que merece semejante libro.

José Miguel Villouta, por su parte, lleva años defendiendo la no discriminación de homosexuales en Chile y en ello ha sido enfático en el amplio abanico de programas televisivos y radiales de los que ha participado. Ha logrado crear magistralmente un personaje, el mismo que ya se ha enfrentado en un puñado de ocasiones al mismísimo pastor Soto y

a los de su especie.

En el programa traído a colación, el pastor comenzó su intervención con una oración. Acto seguido, Villouta le dice si no le parece violento llegar a una casa y ponerse a rezar, sin considerar que no todos pueden compartir sus principios. Bajo esa misma lógica, uno podría preguntarle al conductor por qué invita a su casa profesional a quien no existe posibilidad alguna de que no hable y actúe con escándalo. ¿Acaso Villouta pensó que, conociendo su línea editorial, un personaje como Soto iba a comportarse como alguien civilizado? Claro que no y precisamente por eso este es un evento creado para generar precisamente lo que generó: una progrepolémica.

Por último, el asunto de la bandera. En Chile se han quemado banderas chilenas en un porcentaje no menor de las movilizaciones, e incluso hemos tenido artistas que han realizado un símil masturbatorio usando la bandera en el entrepiernas, ante la euforia de sus fans... pero vaya uno a tocar el símbolo de la diversidad sexual. Pero más allá de eso, lo trágico es que ni la locura de Soto ni el progresismo de Villouta fueron suficientes para percatarse de que la bandera usada como alfombra fue la bandera inca de Cuzco.

Vaya ineptitud. Por hacer polémica barata casi nos meten en un nuevo lío diplomático. ●



ALBERTO LÓPEZ-HERMIDA

El autor es doctor en Comunicación Pública (@albertopedro).